

Pedro. Al pie de la doble escalera, se ve una estatua del Sumo Pontífice Pío VI, cincelada en mármol por el célebre Cánova. El Papa está de rodillas orando delante del altar que oculta los restos de los Santos Apóstoles, y se ve resguardado por una puerta de bronce dorado, que adornan cuatro magníficas columnas de alabastro y dos estatuas en bronce de San Pedro y San Pablo. La puerta da entrada á una especie de gran nicho de forma oblonga, en cuyo fondo se ven las imágenes del Salvador y las de los Santos Apóstoles, y en el plano de este nicho, una plancha de bronce cubre el lugar en que se hallan las preciosas reliquias. De cada lado del nicho hay una puerta cerrada con reja de fierro dorado. Estas puertas conducen á la basílica subterránea, que describiremos después.

Saliendo de la cripta, á corta distancia, se halla, debajo del famoso baldaquino de bronce, el altar papal, en donde solamente celebra el Sumo Pontífice. Este gigantesco tabernáculo se eleva á 28 m. 78 c. sobre la base que lo sustenta, y lo forman cuatro soberbias columnas espirales de orden compuesto, sobre las cuales descansa un magnífico entablamento en el que se ven cuatro ángeles de pie, y cuatro ménsulas que se unen para recibir un globo superado por una cruz. Todo es de bronce dorado, en partes, y es el mismo metal que decoraba la fachada del Pantheon de Agripa.

Este suntuoso baldaquino se halla debajo de la gran cúpula que hace la admiración del mundo, y forma como un templo aparte dentro de la gran Basílica. Es necesario primeramente fijar la atención en los pilares en que descansa, y para tener idea, antes de todo, acerca de la grandiosidad y firmeza de su construcción, diremos que su espesor mide SETENTA METROS OCHENTA Y CINCO CENTÍMETROS superficiales, y para que el lector se pame, haremos mención de un hecho notable. Un arquitecto de Roma, Borromini, tuvo el capricho de hacer una iglesia y un convento que cupiese en un espacio igual al espesor de cada uno de estos pilares, y lo consiguió, edificando la iglesia y convento llamado de *San-*

*Carlino*; y es de notar que el claustro del convento se halla adornado con dos pórticos que tienen 24 columnas.

Cada uno de los grandes pilares, hállase suntuosamente decorado en cada una de sus facas con pilastras de mármol, con nichos y con estatuas. En las fachadas que miran al centro de la Basílica, tienen dos cuerpos; en el inferior se abren grandes nichos con las estatuas colosales de San Andrés, Santa Elena, San Longinos y Santa Verónica, y en el superior hay cuatro soberbios balcones con magníficos balaustrados. Estos balcones sirven de relicarios en donde se conservan insignes reliquias, que solamente se descubren el jueves y viernes de la Semana Mayor.

Sobre los enormes pilares descansan cuatro amplísimos arcos, que reciben un colosal entablamento, en cuyo friso se lee en gigantescos caracteres el versículo de San Mateo: *Tu es Petrus*, etc. La cornisa que corona este gran entablamento sobresale del friso dos metros, formando arriba un amplio corredor cercado con un barandal de bronce dorado, y desde allí se ve levantarse un alto muro circular que se abre en diez y seis ventanas de muy elegante forma, entre las cuales hermosas pilastras gemelas reciben otro entablamento superior, del cual arranca la bóveda. Hállase ésta decorada con admirables mosaicos, representando á Jesucristo, á los Apóstoles, á otros santos, y además, algunos ángeles. El diámetro de la cúpula es de 42m. 7c. y su altura, de la cornisa á la parte superior, es de 44m. 72c. En el centro de la cúpula se alza todavía una gigantesca linternilla, cuya elevación es de 17m. 21 c. y queda cerrada por otra bóveda en la cual se halla pintado un fresco que representa al Padre Eterno.

En la prolongación de la nave principal, que termina en hemicielo, está lo que nosotros llamaríamos el presbiterio y los romanos denominan tribuna. Allí está el altar mayor que se ve decorado con preciosos mármoles. Arriba del altar se halla la magnífica Cátedra de San Pedro. Cuatro enormes estatuas de bronce que representan á los Doctores de la Iglesia San Ambrosio, San Agustín, San Atanasio y San Juan Crisós-

tomo, sostienen una gigantesca silla también de bronce adornada con cuatro ángeles del mismo metal, dos que se hallan en pie á los lados del asiento, y dos que recostados sobre el respaldo, tienen la tiara y las llaves. Esta silla está sirviendo como de relicario dentro del cual se halla la verdadera silla de San Pedro, que es de madera con adornos de marfil. Arriba de la Cátedra una gloria de ángeles de diversos tamaños circunda un espacio circular, en cuyo centro se ve la representación del Espíritu Santo sobre un fondo luminoso de cristales amarillos, que cierran una inmensa ventana por donde penetra la luz en abundancia. El conjunto de esta soberbia agrupación de figuras de bronce, dorado en parte, iluminado por esa luz amarilla que producen los cristales, causa un efecto sorprendente y maravilloso. El Bernini colocó á muy grande altura su reputación, dirigiendo y ejecutando esta obra sin igual que constituye la mayor riqueza de la ornamentación de San Pedro.

Dos tumbas admirables por el pensamiento y por la ejecución, hállanse sobre la tribuna á los lados de la Cátedra. La de la derecha es de Pablo III, cincelada por uno de los más aventajados discípulos de Miguel Angel, Gillermo de la Porta, conforme al dibujo del maestro. Netamente pagana como la mayor parte de las obras que concibió el grande artista, es un monumento maravilloso que no tiene rival acaso entre los de su género. Lo adornan tres magníficas estatuas, la del Pontífice, que es de bronce y corona el monumento, y las de la Justicia y la Prudencia, que se hallan recostadas sobre el plinto inferior del mausoleo. ¡Lástima que la más bien modelada de éstas hubiese sido necesario que la vistiera el Bernini, para ocultar una desnudez impúdica que no debía ser exhibida en la Casa de Dios! Del lado izquierdo erigió el Bernini el famoso mausoleo de Urbano VIII, en cuya ejecución desplegó el gran escultor las dotes de su colosal inteligencia, principalmente en dos figuras de mujer vestidas con un lujo de ropas, que sólo Miguel Angel habría podido cincelar mejor.

La bóveda de la tribuna está adornada con estucos y ba-

jo-relieves, entre los cuales llama la atención el del centro, que representa á Jesucristo dando á San Pedro las llaves, y fué tomado de un dibujo de Rafael. En las paredes laterales de la misma tribuna, que se hallan revestidas de mármol, bajo el pontificado de Pío IX fueron grabadas inscripciones relativas á la declaración del Dogma de la Concepción. Allí se leen los nombres de los Cardenales y Obispos que asistieron al Concilio que hizo la declaración. Arriba del zócalo en que se hallan las inscripciones y en los espacios comprendidos entre las pilastras que adornan las paredes, hállanse de cada lado cuatro nichos con las estatuas en mármol de otros tantos santos fundadores de órdenes religiosas. Siempre que hagámos mención de estatuas en la descripción de la gran Basílica, debe entenderse que son colosales y de un tamaño que no baja de cuatro metros, y en muchas llega hasta seis. Todo en este templo se ha procurado que tenga grandes dimensiones para que no se observe desproporción alguna en las partes de ese inmenso todo. Este es el secreto de la impresión que se recibe al ver el conjunto de la Basílica. Todo parece que se mira á través de un lente de aumento: las paredes, las bóvedas, los arcos, las columnas, las pilastras, los altares, las pinturas, las estatuas. De aquí que no se vea nada grande á primera vista, porque todo se halla aumentado en una proporción desmedida. Solamente los concurrentes á la iglesia se ven pequeños, cuando se establece comparación entre la estatura humana y la de esa muchedumbre de figuras de mármol, de bronce y de mosaico que adornan la inmensa Basílica.

Bajando de la tribuna el visitante no sabe por donde comenzar á ver ordenadamente los altares y las tumbas que son los principales ornamentos de la iglesia, para no dejar de ver ninguno. Debe saberse que los muros y las pilastras no presentan una superficie plana. Las esquinas de las naves no terminan en ángulos, sino en hemicírculos que se formaron en el espesor de las paredes para aprovechar los espacios en la colocación de monumentos. Cada uno de estos hemicírculos se considera como una capilla, y computando así el número

de ellas, son muchísimas las que contiene la Basílica, y sería interminable tarea describirlas una á una. Seguiremos en nuestra descripción el orden que los más ejercitados guías llevan al conducir á los visitantes.

Tomando la dirección del ala derecha, desde luego se ve en la fachada del pilar que se tiene á la vista, un altar decorado con dos gruesas columnas de granito negro oriental que ostenta un gran cuadro en mosaico, representando á San Pedro que cura á un paralítico. En frente del altar, se halla la tumba de Alejandro VIII, con tres estatuas, la del Pontífice en bronce y las de la Religión y la Prudencia en mármol: un bajo-relieve que adorna el zócalo del mausoleo, representa la canonización de varios santos que hizo el Papa en 1690.

Siguiendo á la derecha, está el altar de San León el Grande: en un soberbio bajo-relieve se ve al Santo deteniendo al feroz Atila á las puertas de Roma. Al pie de este altar, en el pavimento, una piedra sepulcral oculta el humilde sepulcro de León XII, con una modesta inscripción que dejó escrita el Pontífice.

Sigue otro magnífico altar que adornan cuatro columnas, dos de granito negro y dos de alabastro. Venérase en él una antigua imagen de la Virgen que llaman *della Colonna*. La cúpula que cierra el espacio en que se hallan colocados este altar y el anterior, está decorada con preciosos mosaicos tomados de pinturas de Andrés Sacchi, de Lanfranc y de Romanelli.

Avanzando en dirección á la nave del crucero, en la pilastra de la pared se halla incrustado un gran monumento, la tumba de Alejandro VII, última obra ejecutada por el Bernini. El Papa está de rodillas en la parte superior del mausoleo; á sus lados la Prudencia y la Justicia, y delante la Caridad y la Verdad le hacen cortejo; un esqueleto, imagen de la muerte, le está mostrando en un reloj de arena haber llegado su última hora. Frente á esta tumba, en la fachada del gran pilar, está el cuadro de la caída de Simón el Mago pintada sobre pizarra.

Entrando en el brazo meridional del crucero, que tiene la

misma forma y las dimensiones que el de la tribuna, se ven tres suntuosos altares; el de en medio está dedicado á la Crucifixión de San Pedro y ostenta en mosaico una copia del famoso cuadro de Guido Reni; el del lado derecho se ve adornado con la copia del cuadro de San Francisco, del Domeniquino, y el del lado izquierdo con otra copia de una pintura de Camuccini que representa á Santo Tomás tocando el costado de Jesucristo; ambas copias, como todas las que hay en San Pedro, están hechas en mosaico; llamando la atención así en éstas como en otras muchas, el artificio con que son reproducidas y tan fielmente las pinturas originales en este procedimiento. En verdad que con el pincel no se obtendría mejor resultado. Bellas estatuas en los nichos que se hallan entre las pilastras, hacen un cortejo magnífico á las imágenes que se ven incrustadas en los mosaicos.

En la arcada que sigue se abre la puerta de la sacristía; sobre esa puerta se levantó el monumento de Pío VIII, que fué dirigido por Tenerani en 1866 con el dinero que legó para ello el Cardenal Albani, secretario de Estado que fué del Pontífice. Es notable en este monumento el cortinaje de mármol violeta y bronce dorado, que está recogiendo un ángel como para abrir paso á la puerta del mausoleo que es la misma de la sacristía.

Dando frente á este monumento un cuadro de mosaico representa la muerte de Safira ó Clafira en presencia de los Apóstoles San Pedro y San Andrés. Copia es de la pintura de este mismo asunto que se halla en Santa María de los Ángeles.

En la siguiente arcada está la capilla que llaman Clementina y fué decorada por orden de Clemente VIII con un magnífico altar consagrado á San Gregorio el Grande, cuyo cuerpo está debajo de la mesa del Sacrificio. El gran mosaico de la pared representa uno de los milagros del Santo. En esta capilla es notable la tumba de Pío VII, obra de Towaldsen. Se ve al Pontífice sentado en medio de dos ángeles, en el cuerpo superior, y en el de abajo dos estatuas de pie, que simbolizan la Fuerza y la Prudencia, como que resguardan la puerta del monumento.

Junto á esta capilla y en la fachada de uno de los grandes pilares que sostienen la cúpula y sirve de fondo á la nave lateral de la izquierda, está la maravillosa reproducción en mosaico del gran cuadro de la Transfiguración del Señor, de Rafael. Bellas columnas y un hermoso frontón adornan este mosaico.

Enfrente del cuadro se abre el primer arco de la nave en cuyos pilares hállanse una delante de la otra las tumbas de León XI y de Inocencio XI, que son de gran magnificencia.

Siguiendo la dirección de la nave hacia las puertas principales de la Basílica, á la derecha se abre la entrada á la capilla del coro de los canónigos, decorada con bajo-relieves de estuco en las paredes y con mosaicos en la bóveda. La sillería de nogal en tres órdenes de asientos, es una obra notable de ebanistería. Sobre el altar un bello mosaico representa la Purísima Concepción, copia del original de Pierre que se halla en Santa María de los Ángeles.

Saliendo de la capilla, en el pilar de la arcada siguiente, se ve la tumba de Inocencio VIII, que es casi toda de bronce y fué ejecutada por Pollaiolo, escultor famoso del siglo XVI. Frente á esta tumba hay una puerta que conduce al coro de los músicos y arriba de dicha puerta está una urna muy sencilla de estuco en donde es sepultado el Papa que muere, mientras se construye el monumento que ha de guardar permanentemente sus restos.

En el fondo del arco siguiente se halla la capilla de la Presentación, en cuyo altar, que adornan hermosas columnas de portasanta, se admira el bello mosaico de la Presentación de la Virgen al templo, copia del cuadro de Romanelli. Notable es la ornamentación de la cúpula, que ostenta preciosos mosaicos tomados de pinturas magníficas de Carlos Maratta.

En el pilar de la última arcada está la tumba de María Clementina Sobieski Stuard, reina de Inglaterra, que murió en Roma en 1735. Es un bello sarcófago en pórfido guarnecido de bronce dorado y cubierto con una tapicería de alabastro: remata con un grupo de dos figuras, una de ellas la Caridad, que sostienen un medallón en el cual está el retrato

de la reina en mosaico. Delante de esta tumba se ve la de Jacobo III Stuard, rey de Inglaterra, y de sus hijos Carlos III y Enrique IX. Cánova, autor del monumento, le dió la forma de una torre; colocó en la parte superior los retratos de los tres príncipes y á los lados de la puerta del mausoleo puso dos bellísimos genios llorando.

La capilla siguiente es la de la fuente bautismal, rica por su ornamentación y por los mosaicos que cubren sus paredes y la cúpula. Elegantísima y de gran mérito artístico es la fuente bautismal. Está formada con una soberbia urna de pórfido que sirvió de cubierta al sarcófago del emperador Othón II, muerto en Roma en 974. Sobre la urna elévase una especie de pirámide cincelada en bronce dorado con arabescos y cuatro ángeles, dos de los cuales tienen un medallón en el cual está representada la Trinidad Augusta: en la cúspide de la pirámide se halla el Cordero, símbolo del Redentor. Este suntuoso monumento fué ejecutado en 1698, bajo la dirección de Carlos Fontana. Tres cuadros en mosaico llaman la atención en esta capilla, el del centro que representa á Jesucristo bautizado por San Juan, y es copia de un cuadro de Carlos Maratta; el de la derecha, en que se ve á San Pedro bautizando á Proceso y á Martiniano en la prisión Mamertina, y el de la izquierda en que el mismo Apóstol está confiriendo el Bautismo al centurión Cornelio.

Pasando á la otra nave lateral; es decir, á la derecha de la entrada, está la capilla de la Piedad. Allí se ve la primera obra notable de escultura ejecutada por Miguel Angel á la edad de 24 años. La Virgen María está sentada teniendo en sus brazos el cuerpo de Jesucristo acabado de bajar de la Cruz. Los inteligentes afirman que este grupo no tiene toda la fuerza de expresión y la energía que tanto brillaron después en las obras del afamado artista; pero sí revela el gran talento con que parece nació dotado el rey de los escultores. Desde luego se observa la facilidad prodigiosa que tenía Buonarotí para vestir las figuras, haciendo en el mármol pliegues abundantes que solamente las telas pudieran formar. A los lados del altar en que se venera la Piedad, hay dos pequeñas ca-

pillas; la de la izquierda tiene dos altares, uno ejecutado por el Bernini, en el cual se venera un Crucifijo de madera esculpido por Cavallini; el otro altar ostenta un mosaico que representa á San Nicolás de Bari. En la capilla de la derecha se ve una columna en la cual dicen que se apoyó Jesús cuando disputaba en el templo con los doctores. Allí también está un sarcófago antiguo adornado con bajo-relieves; fué la tumba de *Probus Anitius*, prefecto de Roma, y sirvió de fuente bautismal en la antigua Basílica.

De la capilla de la Piedad sigue la de San Sebastián, cuyo altar adorna el mosaico tomado del famoso cuadro de este Santo que pintó el Domeniquino. La cúpula está decorada con mosaicos también copiados de pinturas de Pedro de Cortona. En la arcada inmediata, se ven dos tumbas, una frente á la otra. La de la derecha es de Inocencio XII, muerto en 1700; adórnala tres buenas estatuas, la del Pontífice y dos figuras de mujer representando la Bondad y la Justicia. Parece que ha sido convencional entre los artistas que han ejecutado monumentos sepulcrales para los Pontífices, acompañarles de un cortejo de estatuas que simbolicen virtudes; sólo que á veces, como sucedió en el mausoleo de Paulo III, las representaciones más bien parecen de vicios. A la izquierda de la nave que vamos recorriendo, está la tumba de la princesa Matilde, célebre por su adhesión á la Santa Sede y por el desprendimiento con que donó en vida su inmensa fortuna al patrimonio de San Pedro. La princesa murió en 1115, y su cuerpo, sepultado en el monasterio de San Benito, fué trasladado á Roma por disposición de Urbano VIII, quien mandó erigir el monumento que guarda sus restos en la Basílica. El Bernini hizo el proyecto de la tumba y esculpió el retrato de la princesa. La gratitud exigía que fuese tributado tan excepcional homenaje á la memoria de aquella mujer singular que consagró toda su vida al servicio de la Iglesia.

Se pasa en seguida á la magnífica y suntuosa capilla del Sacramento, ricamente decorada con estucos y mosaicos. Sobre el altar mayor, levantó el Bernini un riquísimo taber-

náculo de forma circular con doce columnas corintias de bronce incrustadas de lápiz-lázuli, y una elegante cúpula también de bronce dorado. A los lados del tabernáculo, hay dos ángeles de adoración del mismo metal. En la pared del fondo pintó Pedro de Cortona un hermosísimo fresco representando á la Santísima Trinidad. Otro altar de esta capilla adornado con dos columnas del tabernáculo de la antigua basílica, tiene de fondo un mosaico tomado del Entierro del Señor que pintó el Caravaggio y se halla original en la galería del Vaticano. Es notable en esta capilla la tumba de Sixto IV; es de bronce y la decoran magníficos bajo-relieves. Pedro de Cortona hizo los dibujos para los mosaicos que adornan la cúpula de esta capilla.

Bajo la arcada siguiente hay dos tumbas de Pontífices construidas con esa obligada simetría de la mayor parte de las que decoran la Basílica; una es de Gregorio XIII y la otra de Gregorio XIV. Limitando esta nave lateral, se ve un altar ricamente adornado con el mosaico que reproduce el inimitable cuadro de la Comunión de San Gerónimo, del Domeniquino.

Volteando á la derecha antes de volver al crucero, está la capilla llamada Gregoriana, en donde se venera una antigua imagen de la Virgen bajo la advocación del Socorro, en un magnífico altar de alabastro con incrustaciones de ametistas y otras piedras preciosas, que mandó erigir el Sumo Pontífice Gregorio XIII. Las paredes y la bóveda fueron decoradas con mosaicos sobre los dibujos de Gerónimo Muzziano. A la derecha de esta capilla está el mausoleo de Gregorio XVI.

En el tránsito para el crucero, sobre la pilastra de la gran cúpula, está un altar que adorna un mosaico de San Basilio el Grande y enfrente la tumba de Benedicto XIV.

Entrando de nuevo en el crucero para recorrer el brazo septentrional, vense en el fondo tres altares con tres magníficos mosaicos, el del centro representa el martirio de los Santos Proceso y Martiniano, el de la izquierda de San Erasmo y el de la derecha de San Wenceslao. En los grandes nichos